

“además de fomentar las parcialidades, distraen de la virtud y vuelven mundanos á sus lectores”.

Aunque nuestro buen Padre deseaba que todos sus Misioneros fuesen santos y perfectos, quería, no obstante, que los Superiores, con afecto maternal, acudiesen á todos con cuanto habían menester para conservar la salud y las fuerzas; y si alguno caía enfermo, él mismo, como verdadera madre, se desvelaba por servirle y cuidarle, y era tal la solicitud que en esto tenía; que por atender á los enfermos dispuso que, si era necesario, se vendieran hasta los mismos libros. Apreciaba muy mucho la vida de sus Misioneros, porque los consideraba como instrumentos de la salvación de muchas almas, y atendía á la mucha gloria que podían dar á Dios con sus predicaciones y confesiones, y así no es posible imaginar el cariño con que los servía hasta en los oficios más bajos y humildes cuando estaban postrados en cama por alguna enfermedad. Esto se vió claramente á los dos meses, poco más ó menos, de fundada la Congregación, pues en el mes de Septiembre de aquel año cayó enfermo el P. Fábregas, y hubo de ser visitado unos treinta días por el médico. El P. Claret, con gran caridad y mansedumbre, se constituyó luego en enfermero del Padre; le arreglaba la cama, le servía las medicinas, le consolaba con palabras dulces y edificantes, le distraía y recreaba con algunas gracias honestas y con algunas historietas amenas y de edificación, y hacía con él todos los oficios de cariñosa y solícita madre. Decía con razón San Pablo de la Cruz que para cuidar á un enfermo era menester, ó la ternura de una madre, ó la caridad de un santo. Gracias al Señor, el piadosísimo ejemplo que en este punto, como en muchos otros, nos dió nuestro Padre, ha sido fielmente seguido en la Congregación, y todo se deja por atender á los enfermos, como lo han experimentado ya muchísimos que han muerto en ella y no han sabido cómo expresar su agradecimiento por la caridad y amor con que en todo les servían, aliviando en gran manera sus dolencias físicas y morales.

Después que en el capítulo anterior ha expuesto nuestro Padre de modo tan maravilloso los medios de que deben valerse los Misioneros para llegar á su propia santificación, pasa en el siguiente, que es el X, á exponer los que han de emplear en la salvación de las almas, que es el otro fin prin-

cipalísimo de nuestro Instituto. Los medios principales que señala son la enseñanza del Catecismo á los niños y adultos, toda especie de predicaciones, pero en especial las más evangélicas, como son las Misiones y ejercicios á toda clase de personas, y mayormente á sacerdotes, estudiantes y monjas, el fomentar todas las obras de caridad y celo y toda suerte de Asociaciones piadosas.

En el capítulo XI establece el reglamento doméstico, que es el mismo que siguieron ya nuestros primeros Padres desde un principio. Levantábanse todos los días, así en verano como en invierno, á las cuatro de la mañana; y para que nadie se olvidara, había un encargado de llamar, que á esa hora pasaba de puerta en puerta y en cada una daba un golpecito, diciendo: *Deo gratias et Mariae*, á lo que respondía el que estaba adentro: *Semper Deo gratias et Mariae*. Por este modo tan ingenioso se conseguía que el primer acto del día fuese un acto de alabanza y hacimiento de gracias á Dios y á su santísima Madre. A más de esto, tenían ordenado que luego, en despertando, invocasen los dulcísimos nombres de Jesús y María y fijasen luego el pensamiento en la meditación que habían de hacer. Hacían después el ejercicio del cristiano y tenían una hora de oración mental, que á los principios hacía cada uno separado en su celda, pasando de vez en cuando el Padre Fundador por ellas para que nadie se descuidase; mas al poco tiempo pareció mejor hacerla en común, y así se hizo, como en el día se sigue haciendo. A la hora que cada Padre tenía señalada bajaba á la iglesia del Seminario, en donde decía la Misa. Servíansela unos á otros, con grande edificación de las personas que asistían, las cuales no habían visto semejante costumbre. A las ocho tomaban todos juntos el desayuno, rezando antes de él un Padrenuestro por los bienhechores vivos, y otro después para los difuntos. A las once tenían conferencia de moral, á la cual debían todos asistir, á no estar legitimamente impedidos á juicio del Superior. A las doce menos cuarto tenían un rato de lectura espiritual, y hacían luego el examen de conciencia hasta las doce y cuarto, que era la hora de comer. La comida iba precedida de la correspondiente bendición, acompañada de la lectura espiritual, que hacía por turno uno de los Misioneros, y seguida de la acción de gracias. Concluida la refección visitaban brevemente al santísimo Sacramento

y á la Virgen María, y luego pasaban á la sala de conferencias, en donde tenían recreación hasta la una y cuarto, desahogando su espíritu en santas y útiles conversaciones. Desde la una y cuarto hasta las dos descansaban cada uno en su celda. A las dos rezaban separadamente, cada uno de por sí, Vísperas y Completas, y á la primera hora que, según el Directorio, podía hacerse, Maitines y Laudes, los cuales ahora, por privilegio pontificio, pueden rezar en todo tiempo nuestros Misioneros á las dos de la tarde.

Á la hora señalada por el Superior tenían conferencia sobre el modo de predicar, que duraba una hora entera, y luego salían á paseo de dos en dos á las vecinas alamedas del pintoresco llano de Vich, en donde esparcían su corazón y su entendimiento á la vista de las bellezas de la creación y respirando el aire puro de los campos. Como todos aquellos primeros Padres estaban dotados de una santa sencillez, ganábanse en estas ocasiones con sus dulces pláticas el corazón de los rústicos labriegos que habitan en las innumerables casas de campo esparcidas por el llano, y llevaban el consuelo á sus pobres pechos cuando la tempestad ó la sequía les impedía recoger lo que con tantos sudores habían sembrado. Con esto, el nombre de los Misioneros del P. Claret se hizo muy popular en aquellas sencillas moradas, asentadas sobre un lecho de verdor, y aun hoy día dura en ellas el buen olor de Cristo que allí dejaron. Los días ordinarios, el paseo no duraba más de una hora; pero los jueves se prolongaba más, y era indecible la santa alegría que en ellos reinaba, y terminaba siempre con la visita á las Cuarenta Horas. El resto de la tarde lo pasaban en las tareas propias de su ministerio. Á las ocho tenían conferencia de mística, á las ocho y media se rezaba el santo Rosario, se hacía en el coro la visita mayor al Santísimo y á la Virgen, y luego tomaban la cena con frugalidad, después de la cual tornaban á visitar al Señor como al medio día, y luego tenían recreo hasta las diez menos cuarto, en que hacían el examen general de las faltas del día y el ejercicio de la noche, y á las diez retirábase cada uno á su celda para tomar el necesario descanso. En los días festivos, en vez de la conferencia de la tarde, tenían media hora de meditación en común y una plática que, sobre los deberes del estado y las virtudes más necesarias, hacía uno de los sacerdotes más antiguos.

Este método de vida, tan ajustado y tan santo, es el mismo que hoy día se practica, si se exceptúa alguna pequeña é insignificante variación en las horas.

Para el tiempo de Misión compuso nuestro Padre otro Reglamento acertadísimo, en el que se conservan todas las prácticas espirituales de que se habla en el Reglamento para cuando están en casa, y se distribuyen convenientemente las demás horas del día en los ejercicios propios de la Misión. Todo esto lo explica en dos capítulos, acerca de los cuales nada más diré porque consignan casi lo mismo que nuestro venerable Fundador hacía en sus Misiones, y que ya más largamente expusimos en su lugar.

Los dos últimos capítulos de las primitivas Constituciones están consagrados al reglamento de los Hermanos coadjutores ó ayudantes Hijos del Inmaculado Corazón de María, y á sus oficios ó empleos. En el postrero señala las obligaciones de los respectivos cargos que ellos suelen desempeñar, como el de sacristán, despensero, cocinero, ropero, portero, enfermero, hortelano, etc., para todos los cuales da muy atinadas reglas sobre el modo de ejercerlos con perfección, tanto material como espiritualmente.

Para el poco tiempo en que dispuso nuestro Fundador las Reglas, causa verdaderamente admiración la perfección y el orden con que las trazó, bien que el trabajo debió hacerse más fácil por ser él mismo una regla viva y no ser menester otra cosa sino ir notando lo que hacía y el modo perfectísimo con que procedía en todas sus obras. La experiencia que adquirió en los diez años que desempeñó el oficio de Misionero apostólico antes de fundar la Congregación le sirvió no poco para encaminar los pasos de los nuevos Misioneros, preservándolos de los escollos en que muchos suelen caer y proporcionándoles los medios más adecuados para el logro de su objeto.

3. Pero volvamos al hilo de nuestra historia, por algunos instantes interrumpida, para describir la vida interior de nuestra Congregación en sus primeros años. Ya dijimos que el Padre Claret con sus compañeros se había instalado interinamente en el Seminario para llevar á cabo la fundación. La celdilla que ocupó el Siervo de Dios daba á un gran patio, que hoy día adornan dos elegantes jardincitos, en el centro de los

cuales tiene el uno un caprichoso surtidor y un pozo el otro. Junto al patio alzaban sus frondosas ramas algunos árboles copudos de las casas vecinas, los cuales alegraban la vista y daban al lugar cierto aire campestre. ¡Cuántas veces se regocijaria el corazón de nuestro buen Padre al oír por las mañanitas los trinos y gorjeos de los pajarillos, que despertaban alabando al Señor! La corta aunque ancha galería en donde á veces paseaba con los demás Padres durante el recreo, es muy alegre por las bellísimas vistas que tiene. Da al patio antes descrito, pero á lo lejos vese desde allí el frondoso monte de Tallella, cortado cerca de un extremo por un hermoso valle, donde tienen su asiento varios pueblos; enfrente y detrás del anterior se divisan, formando larga cadena, los variados y amenos montes de Colls Espina, que limitan por aquel lado el horizonte de Vich. Más á la izquierda ofrece imponente y agradable espectáculo al mismo tiempo la majestuosa montaña de Monseny, que, como gigante, levanta su cabeza sobre el llano, cubierta casi todo el año con blanca vestidura de nieve. En la misma dirección y más cercanos se descubren los collados de Santellas y Aiguafredas, entrecortados por pequeños y deliciosos valles entre Vich y Barcelona, que hacen de aquellos sitios uno de los paisajes más pintorescos que pueden imaginarse. Malla recrea la vista con los verdes prados que cual rica alfombra cubren sus faldas, y Tagamanent llama la atención por su forma casi piramidal. Nuestro Padre se complacía durante los recreos en hacer ver y apreciar á los suyos estas bellezas de la creación, las cuales él mucho deseaba contemplar por ser las menos peligrosas y las que más levantan el espíritu al Criador y conservan en el hombre el candor y la inocencia.

El refectorio, donde tantos actos de humildad ejerció, todavía se conserva en la misma forma, si no es que entonces no estaban las mesas, como ahora, cubiertas de mármol, ni los bancos tenían el elegante respaldo de madera muy bien labrada que los hace más cómodos y sanos. En la capilla del mismo Seminario, que es bastante espaciosa, pues tiene tres naves, bien que pequeñas, solían tener los ensayos de predicación, y desde el coro hacían la visita al Santísimo.

Muy contento hubiera permanecido el Siervo de Dios ocupando con sus compañeros aquel lugar, donde tanto resplan-

decía la pobreza, si hubiera sido posible; pero se acercaba el tiempo de comenzar el nuevo curso académico del 49 al 50, y era menester que para entonces estuviera el local desalojado. El Ilmo. Casadevall cumplió con fidelidad la palabra dada al P. Claret sobre la disposición de otro local más conveniente en el antiguo convento de la Merced. Obtuvo del Gobierno la cesión del edificio, y tomó posesión de él mediante escritura pública. Como había servido mucho tiempo de cuartel y últimamente se hallaba instalado en él el Juzgado de primera instancia, antes de ocuparlo nuestros Padres fué necesario hacer algunas reparaciones, que fueron en poco tiempo terminadas. Desocupóse el edificio por orden del Prelado, menos el ala del Norte, en donde tenía el Municipio escuelas de instrucción primaria y de dibujo. Debióse esto á una benigna concesión del señor Obispo, el cual condescendió con las súplicas del Municipio, que pedía un plazo determinado de tiempo para buscar nuevo local en que instalar las escuelas; pero esta gracia, como después veremos, fué ocasión de no pequeños disgustos. Arreglado ya todo convenientemente, trasladóse al convento la pequeña Comunidad en el mes de Octubre del mismo año de su fundación.

El edificio es grandioso, pues tiene local suficiente para una Comunidad de 200 individuos, con sus correspondientes oficinas. Llamen en él la atención los bonitos claustros, formados por elegantes columnas de granito, que rodean un patio convertido en jardín. En una de las alas que cierran el claustro está la iglesia, llamada también de la Merced como el mismo convento; es de piedra y de regulares dimensiones, de orden gótico aunque no puro, pues la afean los arcos romanos de la bóveda, que se hicieron así por no poder terminar, á falta de recursos, el plan primitivo. Venérase en ella una imagen milagrosa llamada del *Buen Suceso*, á la que el pueblo tiene mucha devoción, y en cuyo altar se canta Misa todos los días. Este espacioso edificio fué entregado á nuestros Padres para que dieran en él ejercicios espirituales á los sacerdotes y ordenandos y á los seglares que quisieran recogerse allí por algunos días. Todo se hizo y sigue haciéndose hasta hoy conforme á los deseos del Prelado, y con cuánto fruto sábelo muy bien el ejemplar clero de la diócesis de Vich, que en esa santa casa renueva de cuando en cuando su espíritu y cobra alien-

tos para cumplir con nuevos bríos su espinoso ministerio.

Era mucha la pobreza y necesidad que al principio padecieron nuestros Padres. Para remediarla en algo, el Rdo. Don Mariano Aguilar, á cuyo cargo estaba entonces la iglesia del convento, y el Dr. D. Benito Vilamitjana, que le servía de ayudante, y era á la sazón catedrático del Seminario y después fué arzobispo de Tarragona, les ofrecieron todos sus muebles y enseres; y aunque no pertenecían á la Congregación, comían con nuestros Padres y vivían con ellos. Para estar más desembarazados del cuidado de las cosas temporales y poderse consagrar con mayor fruto al ejercicio del sagrado ministerio encargaron al primero la administración temporal de la casa, lo cual hizo D. Mariano de muy buena gana por contribuir en algo á las obras meritorias de los nuestros.

También á los principios tuvieron los Padres que padecer bastante por la ignorancia de algunos Hermanos cocineros. Uno de ellos, D. José Pla, alma de candorosa sencillez y de no común inocencia, se hizo célebre por sus originales comidas, que dieron no poco que reír y que ofrecer al Señor á nuestros primeros Misioneros. Con frecuencia debían éstos comer crudos los garbanzos, y unas veces por falta de sal y otras por sobra de ella, y muchas por las extrañas combinaciones que de los manjares hacía, la comida se trocaba en ejercicio de mortificación. Una vez hallóle el P. Clotet triturando los garbanzos cuando estaba ya para dar la hora de la comida. Preguntado qué intentaba con aquello, respondió con la mayor sencillez: "Como no se han cocido, los estoy machacando para que los puedan pasar." Era el buen Hermano muy amante de la pobreza y dado á ejercicios de piedad, y para practicar aquélla y disponer de más tiempo para lo segundo coció un día de una vez gran cantidad de garbanzos, suficiente para una semana cuando menos. Como le sorprendiera afanado en esta su tarea el Padre que tenía á su cuidado á los Hermanos, díjole:

—Pero, Hermano, ¿por qué ha cocido tan gran cantidad?

—Para economizar leña y tiempo, —respondió el sencillo Hermano, muy satisfecho de su peregrino invento.

—¿Mas no ve que se le van á corromper?, —repuso el Padre, maravillado de tanta candidez.

—No tema V. R., Padre mío, —replicó el Hermano;— á mí

cuenta va el ponerlos en lugares frescos en donde no se echen á perder.

Y la Comunidad comió de resultas garbanzos toda la semana, nada sabrosos, por cierto, en los últimos días de ella.

Había notado el P. Superior, que lo era ya entonces D. José Xifré, que el pan que se ponía en la mesa estaba siempre muy seco y algo desabrido. Deseoso de remediar esta falta fué un día al encuentro del que lo traía á casa con ánimo de avisar al panadero que enviara pan más tierno, y si podía ser del mismo día. Mas sorprendióse no poco cuando echó de ver que el pan venía de fuera muy blando y sabroso, y que no estaba allí, por consiguiente, la causa del defecto. Entonces preguntó al Hermano Pla cómo era aquello, y el buen Hermano le acompañó á la despensa, en donde le mostró varias hileras de panes que tenían ya muchos días, y aun por ventura semanas.

—¿Pues qué hace, Hermano, —preguntó admirado el Superior.—¿Por qué manda traer pan teniendo tanto en casa?

—Pues muy sencillo, Padre, —respondió el cocinero;—para que tenga tiempo para secarse y no coman tanto.

Reprendióle el P. Superior esta excesiva economía, y le hizo ver que era aquello mal entendida pobreza, pues ofendía á la caridad con que debía tratar á los demás; y después de una saludable amonestación le mandó que no comprara más pan hasta que se consumiera aquél, y que en adelante adquiriera no más que lo necesario para el día, pues él deseaba que se diera tierno para que los Padres comiesen más, pues lo habían menester. El buen Hermano obedeció con humildad, pues su falta sólo había nacido de su extremada sencillez.

Como en el nuevo edificio que ocuparon tenían con frecuencia ejercitándose, que hacían los santos ejercicios y comían en casa, suplicaron algunos Padres á D. Juan Arumí que diera al buen Hermano algunas lecciones de culinaria. Cuando el Padre Fundador lo supo, dijo con mucha gracia: "No hemos nosotros menester buenos cocineros, sino buenos Misioneros (1).", Mas con todo no se opuso, por respeto á los de fuera. El Hermano Pla dejó en la Congregación santos recuerdos de sus virtudes, y tuvo en ella no ha muchos años una muerte edificante.

(1) Declaración de D. Juan Arumí, del comercio, y ahora de los primeros contribuyentes de Vich.

Tenía nuestro Padre gran cariño á todos los que de algún modo trabajaban en la salvación de las almas, y más á los que ayudaban á los Misioneros con sus buenas obras; por esto sentía muy de veras sus enfermedades y las tribulaciones que padecían, y no sosegaba su bondadoso corazón hasta haberlas remediado de alguna manera. Sintió por esta causa gran pesar cuando su buen amigo D. Mariano Aguilar cayó gravemente enfermo en el convento de la Merced. Aunque el Siervo de Dios estaba ya entonces preconizado arzobispo de Cuba, no se desdeñaba de hacer los más humildes oficios con su querido enfermo. Había el médico recetado á éste un baño general, y el Siervo de Dios fué por sí mismo á buscar los cubos de agua, y subiéndolos hasta la celda del paciente para el fin indicado. Vióle en este bajo oficio un primo de D. Mariano, llamado Mariano Fábregas, que después fué abogado y alcalde de Vich, y enternecido á vista de la humildad y caridad del Siervo de Dios, le suplicó con mucha instancia que dejara estar los cubos; pero el P. Claret respondió con viveza: "No puede ser: la vida de Mosén Mariano interesa mucho (1)."

4. Entretanto la pequeña Comunidad había crecido algún tanto con algunos sujetos más que se le juntaron. Uno de los primeros fué el P. Bernardo Sala, hermano del P. Esteban y uno de los que más se distinguieron en el naciente Instituto. Había profesado solemnemente en la Orden benedictina, cuando la excomunión que los Regulares en España padecieron el año fatal de 1835 le obligó á buscar un refugio en sus Hermanos de Italia, y, en efecto, fué recibido con muestras de singular aprecio en el célebre monasterio de San Martín de Scalis, en Sicilia, cerca de Palermo. Conoció muy pronto el Abad el superior talento de su nuevo huésped, y deseoso de aprovecharse de él le nombró bibliotecario y catedrático de Teología moral. Desempeñó estos cargos con gran acierto y á satisfacción de Superiores y alumnos, hasta que los acontecimientos políticos del infausto año 1848 le obligaron á regresar á su amada patria. Acostumbrado al suave yugo del Señor, se le hacía pesadísimo el vivir sin él; y como en España estaban los conventos arruinados y no había aún esperanzas de su próximo restablecimiento, buscó en nuestro incipiente Instituto algo

(1) Declaración de D. Mariano Fábregas en el proceso informativo.

que se pareciera á la observancia regular, para practicarla en él hasta que lucieran mejores días para su Orden. Halló aún más de lo que creía, y se consoló no poco en el Señor de poder vivir entre los nuestros guardando la más estricta observancia, cual pudiera desearla en los rígidos monasterios de su Orden. El Padre Fundador le admitió gustoso, porque descubrió en él dotes singulares que podían ser de mucho provecho á la Congregación. Aunque en ella se dedicó á todos los trabajos propios de un Misionero, sobresalió de una manera especial en la enseñanza, en la cual hizo mucho fruto como catedrático de Teología moral, de Sagrada Escritura y de Derecho canónico. Se señaló más por su ciencia y erudición que por las cualidades propias para el trato social; abstraído en sus letras y en las obras que el celo por la gloria de Dios le sugería, era silencioso, y en las conversaciones gastaba muy pocas palabras. Este defecto natural quedaba con creces compensado con los profundos conocimientos que poseía en todas las ciencias, pero de un modo singular en sagrada Liturgia, con la observancia exactísima de todas las reglas y con la puntualidad con que asistía á todos los actos de Comunidad, en los cuales siempre se le hallaba el primero. Su laboriosidad, puntualidad y exactitud en todas las cosas le habían valido ya en Italia el que algunos monjes le llamaran, como por gracia, el *P. Minuti*. Aquella boca, que parecía cerrada cuando se trataba de cosas frívolas ó poco importantes, brotaba en pocas sentencias raudales de sólida doctrina cuando se le consultaba algún caso ó alguna cuestión, como muchas veces acaecía á causa de sus singulares talentos. Después veremos el impulso que dió á las Hermanas carmelitas de la Caridad cuando, después de su hermano, fué nombrado Director de ellas. Á los veinte años de permanecer en nuestro Instituto fué, en cumplimiento de su profesión solemne, á acabar sus días en el célebre monasterio de Montserrat, en donde había sido restablecida en debida forma la Comunidad de Padres benedictinos. Fué admitido en él con indecible alegría por el Rmo. Abad P. Muntadas, que había sido su condiscípulo é íntimo amigo. Alargóse aún su ya trabajada existencia diez años más, durante los cuales continuó incesantemente sus trabajos, sin aflojar en nada la austeridad de los ayunos y abstinencias regulares, hasta perder enteramente las fuerzas. Mas la flaqueza con-

siguiente al peso de los años le causó una enfermedad que le obligó á guardar cama. Agravóse muy pronto, y después de recibir con inusitado fervor los santos Sacramentos, expiró plácidamente el 19 de Abril de 1885. Dió á luz catorce obras originales sobre diferentes materias, entre las cuales alcanzaron mayor celebridad: *La Filosofía de la confesión*, el *Diccionario de erudición eclesiástica*, la *Teología moral*, en noventa conferencias, basada sobre la doctrina de San Ligorio; la *Exposición apologética del Syllabus*; la *Vocación considerada en todos sus aspectos* y *El Sacerdote instruido en las rúbricas de la Misa cantada y rezada*. Esta última obra se adoptó como texto en casi todas las diócesis de España y en algunas de América. Cuando falleció su autor se habían hecho de ella siete numerosas ediciones. Dejó también publicadas varias obras traducidas del inglés y del italiano.

Otro de los Padres que entraron al poco tiempo de fundada la Congregación fué el Rdo. D. José Homs. Parece, no obstante, que el Señor sólo le llamó á ella para amaestrarse en el modo de ejercer con fruto el sagrado ministerio y para que labrase en su alma sólidos cimientos de virtudes teniendo á la vista los edificantes ejemplos de los demás Padres, pues luego, por motivos de familia, hubo de salir, con gran sentimiento suyo. Dios le destinaba para ocupar altos y difíciles cargos en la diócesis, pues como estaba dotado de no comunes talentos, varios señores Obispos que se sucedieron en la diócesis de Vich le tomaron por Secretario, oficio que desempeñó á satisfacción de todos y con gran provecho de la diócesis. Sus merecimientos le elevaron á la dignidad de Deán del Ilmo. Cabildo de Vich, y con tal prudencia, humildad y abnegación lo preside, que merced á esto reina en él admirable concordia, con mucha edificación de los fieles. También tiene confiada á su prudencia la dirección espiritual de las carmelitas terciarias, que bajo su gobierno prosperan maravillosamente. Siempre ha conservado y conserva aún un cariño singular para la Congregación, de tal suerte que ha importunado hasta conseguir, con dispensa de la Santa Sede, que uno de sus albaceas testamentarios sea el Rdo. P. Clotet, ó el que á su muerte esté de Superior en la Casa-Misión de Vich. Varias veces había pedido con instancia volver á entrar en nuestro Instituto, aun siendo canónigo y secretario del señor Obispo; mas los Superio-

res no juzgaron prudente privar á la diócesis de un sujeto tan digno y de tan raras prendas.

De no poco consuelo sirvió también á nuestros primeros Padres la entrada del P. Ignacio Carbó, sacerdote de hermosa y agradable presencia, que tenia el don singularísimo de ganar para Dios los corazones de cuantos le trataban ó veían. La celestial sonrisa de los labios daba á su semblante un aire angelical, que le hacía en gran manera amable é imponía veneración y respeto. Estas prendas naturales estaban admirablemente realizadas por la afabilidad y amor con que trataba á los prójimos, lo cual nacía en él del ardiente amor que tenía á Jesucristo. Había sido monje cisterciense en el arzobispado de Tarragona, y arruinado su convento por la revolución, pidió un asilo entre nuestros Misioneros para continuar en lo posible la observancia religiosa y dedicarse al ministerio de salvar las almas. De palabra fácil y elocuente, las muchedumbres se iban tras él ávidas de oírle, y por dondequiera que se desbordaba el torrente de su divina oratoria florecía la virtud, é innumerables conversiones de almas, antes pecadoras, trocaban en delicioso verjel de verdor y fresca espiritual pueblos que antes, por su indiferencia y apatía religiosas, eran como páramos infecundos, como campos secos y estériles sobre los cuales apenas caía el rocío de la divina gracia. El Padre Carbó no tenía enemigos, porque bastaba verle para amarle; mas aunque en todas partes le seguían el amor y las alabanzas de los hombres, él no se alzaba con la gloria de ello, sino que todo lo refería al Señor, á quien amaba con todo el afecto de su hermoso y ardiente corazón. Maduro ya para el cielo y amado de los ángeles, que ansiaban tenerle en su compañía, tuvo la dicha de entregar á Dios su candorosa alma, víctima de su celo por la gloria del Señor y la salvación de las almas, á la aún temprana edad de cuarenta y dos años. Acababa de dar la Misión con el Rdo. P. Clotet en el pueblo de Palau, que está en la diócesis de Solsona y pertenece á la provincia de Lérida. El excesivo trabajo le había causado una ligera indisposición, junto con un sudor muy copioso. Era á fines de Noviembre, y á la mañana siguiente se había de partir para empezar la Misión en otro pueblo. Para llegar á tiempo era menester levantarse muy tempranito; y aunque el P. Clotet, previendo los funestos resultados que en aquel tiempo de tan

riguroso frío podría tener el madrugar tanto, estando así indispuerto, habíale aconsejado que se estuviese más en la cama; él no lo consintió, porque deseaba antes que todo cumplir exactamente con su ministerio, aun á costa de la salud y de la vida.

No fueron, por desgracia, injustificados los temores del Padre Clotet, pues después de la Misa el P. Carbó vióse forzado á volver á la cama por el mal estado de su salud. Al poco rato vieron todos con espanto que había cogido una fuerte pulmonía y que la cosa era verdaderamente grave. Nuevé ó diez días le duró la enfermedad, de la cual murió. Llevóla, como no podía ser menos, con suma paciencia é igualdad de ánimo. En el semblante se le traslucía á veces reflejada la interior alegría que experimentaba con la dulce esperanza de ir pronto á gozar de Dios. La santísima Virgen, de la que tan devoto había sido, y á cuyo Corazón inmaculado se había acogido como á sombra de refugio, le consoló en gran manera, y aun parece que visiblemente le alentó con su amorosa presencia estando ya él para morir; pues entrando en aquella ocasión el P. Clotet en la celda del enfermo, le dijo éste con el rostro inundado de celestial alegría: "Descúbrase, Padre; ¿no ve á la Madre de Dios?," Todos sus pensamientos estaban ya fijos en el cielo, y con tanta claridad veía en aquellos instantes la vanidad de las cosas terrenas y la dicha de amar á Dios, que las últimas palabras que pronunció fueron éstas: *Vanitas vanitatum prae-ter amare Deum et illi soli servire*. "Todo es vanidad de vanidades menos amar á Dios y servirle á Él solo." (*De imitat. Christ.*, lib. I, cap. I.) Luego, como quien entra en un dulce sueño, entregó al Señor su hermosa alma, que sin duda fué á juntarse con los coros de los ángeles para cantar eternamente las alabanzas de Aquel á quien tanto había amado. Fué el primer ángel que la naciente Congregación envió al cielo, adonde voló el 3 de Diciembre de 1852 (1).

Llamó también á las puertas de nuestra Casa-matriz de Vich el Rdo. P. José Reig, religioso mercenario, el cual, arrojado de su convento por la revolución, se acogió á los nuestros para servir al Señor del modo más perfecto que en aquellos aciagos días le era permitido. Dotado de buena presencia, de

(1) Relación que oí de boca del mismo P. Clotet.

virtud, de talento, y más aún de ardiente celo por la salvación de las almas, trabajó mucho en Misiones y ejercicios; mas aunque tenía una voz regular, no era la predicación en lo que más sobresalía. Su talento peculiar era para los negocios, para los cuales tenía exquisito tacto y suma prudencia. Instruído más que medianamente en varias ciencias y agraciado con el singular don de conocer á los hombres, era muy apto para el gobierno, y así fué que, una vez rehecha su antigua Orden, el General de ella, P. Miquel, le llamó á Roma, en donde le hizo su secretario. A la muerte del General, Pio IX, de santa memoria, le nombró *proprio motu* para el elevadísimo cargo de Ministro ó Superior General de su Orden. Conservó siempre extraordinario afecto á la Congregación, á la que prestó por razón de su cargo muy importantes servicios, ora elogiándola delante del Papa y de muchos Cardenales y Prelados de la Ciudad Eterna, ora sirviendo á la misma de agente y procurador para los negocios que tenía que tratar con la Santa Sede. También influyó bastante para la aprobación de nuestras Constituciones, por lo cual, y por todo lo demás que hizo en beneficio de la misma, ha dejado entre nosotros muy grato recuerdo. Aun, Dios mediante, tendremos ocasión de tornar á mentarle en estas páginas cuando lleguemos á los últimos años de la vida de nuestro amado Fundador.

Entre los que en el primer decenio de la Congregación vinieron á aumentar la pequeña Comunidad de Misioneros merecen que hagamos de ellos especial mención, á más de los anteriores, los Rdos. Padres José Serra, Pedro Alibés, Miguel Rota, Francisco Rexach y Francisco Crusats. El primero nació por los años de 1827, fué familiar del señor Obispo de Teruel, y á la muerte de éste entró todavía joven en la Congregación. Dotado de profunda humildad y de celo nada común, aunque no se distinguía por sus talentos, hizo muchísimo fruto en las almas; y cuando más tarde fué nombrado Superior de la Casa-Misión de Huesca, supo con su santidad y prudencia granjearse el afecto del señor Obispo y de todos los canónigos. Después de una vida laboriosa y edificante murió en la Casa-Misión de La Selva el 4 de Noviembre de 1881, á la edad de cincuenta y cinco años y diez meses.

El P. Alibés, cuando entró en la Congregación, era un joven sacerdote de veintinueve á treinta años, de agradable as-